



# El baño, el último bastión de la lectura

Por Cindi Reyes

**Soy la decepción de Virginia.** Soy la invocación a Dickinson, a su habitación, a su silencio fértil.

Miro entre suspiros lo que comprende mi habitáculo: vestigios de preescolares, solicitudes de alimento y mimo, cualquier banda sonora de dibujos animados, juegos, gritos, ladridos y alguno que otro vecino requiriendo cualquier tipo de auxilio.

Es difícil hallar entre las manecillas del reloj, un rincón de absoluto silencio que permita la lectura profunda y la escritura creativa; y si acaso uno aparece, hay que tomarlo como un conquistador tomaría la tierra prometida: con violencia. Un grito por aquí, un *hasta aquí* por allá, un video hipnotizante de al menos 30 minutos de duración.

Soy, entonces, la decepción de Montessori.

En este paisaje, los libros son importantes moradores. Se les puede hallar de manera salvaje en casi cualquier lugar de la casa; algunos apilados como rocas de jardín zen, algunos otros paciando entre las mesas, camas, sillones y habitaciones; otros, eróticamente abiertos, invitando a tomarlos una vez más.

Incluso, recuerdo la ocasión, en que un visitante de la casa salió del baño con las manos mojadas y la mirada confundida, preguntando por qué teníamos libros en un lugar

tan poco higiénico como el baño. No es por pecar de escatológica, pero en esta casa, y en muchas de mis amigos lectores, los baños son el hábitat natural de los libros, quizá porque tienen ahí la intimidad y el espacio que requieren y uno puede, como hizo Leopold Bloom en el *Ulises*, cubrir dos necesidades básicas al mismo tiempo.

Aunque estoy consciente de que cuatro blanquísimas paredes, un asiento rígido y frío y la presencia de un cesto hediondo están muy lejos de lo que Virginia refería como la habitación propia, el baño es mi último bastión, pues al cerrar la puerta tengo lo que he perdido en mil batallas desde que me convertí en madre: silencio, tiempo e intimidad.

“¿Cuál es la necesidad de leer a costa de la comodidad física y olfativa?”, preguntaría asqueado mi poco requerido invitado.

En etapas más amables de mi vida recuerdo este mismo impulso por la lectura, buscando algún texto escondido en las casas sin libros (entes mitológicos inexplicables), quizá en las etiquetas de los alimentos, en las reacciones adversas de las medicinas, o bien en las sinopsis detrás de las cajas de las películas de disco.

Edith Wharton diría que se trata de un vicio, una acción refleja ante la presencia de un texto, una bús-

queda ansiosa, como lo haría un adicto, de aquella sustancia capaz de amasar las ideas como plastilina. Una necesidad de encontrar libros eternos entre miles de *best sellers*, verdades entre dogmas y poesía entre meras observaciones, creando una pizarra mental, con tachuelas y títulos de libros conectados con hilos que se entrecruzan, como lo haría un investigador tratando de encontrar al asesino, comprobando, como diría Chartier, que la literatura no es agotable.

No debe confundirse, empero, con una ambición académica, una acumulación de conocimiento para ser sometida al escrutinio social. Es como el lector mecánico referido por Wharton, que, al contrario de celebrar el arte de la literatura, atenta contra ella. Grabar y reproducir sin el enriquecedor ejercicio de dialogar con el que escribe, sin dar cabida a la reflexión, sin dejar que la fuerza de la palabra destruya las creencias y construya otras nuevas, son por mucho actos necios e infructuosos.

Me he preguntado si he sido lectora mecánica en algún momento de mi vida. Confieso que en más de una ocasión he leído textos que por encargo deben ser liquidados en el cumplimiento de algún trabajo o que responden a un acto más grande que bien puede llamarse ascenso o ca-

pacitación. Quizá los muertos de mis libros se retuerzan al leer estas líneas cuando admito, y creo que lo hago por muchos, que he leído sin placer.

¡Qué miedo reconocerse mecánica! ¡Qué vergüenza admitir que yo misma solo he leído por cumplir! ¡Soy la vergüenza de la admirada Castellanos!

Aunque esta confesión parezca merecedora de la máxima pena católica, no es sino una redención. La diferencia radica en la paciencia lúcida que enuncia Castellanos al postular que el quehacer literario requiere más que disposición natural, hace falta voluntad y trabajo duro. Se trata de un proceso en el que muchos libros pasarán por nuestras manos de forma inevitable, libros que deben ser leídos y que requieren de un esfuerzo y soltura extra, que deben ser introducidos como escalón a un nivel más alto de lectura y que es muy probable que debieron haber llegado, de manera natural, en momentos más tempranos de la vida.

Desafortunado el tiempo de los libros tardíos a los que no tuve acceso en la escuela ni en la biblioteca pública y, por supuesto, tampoco en el baño ni en ninguna habitación de la casa; como estrellas, no solo inalcan-

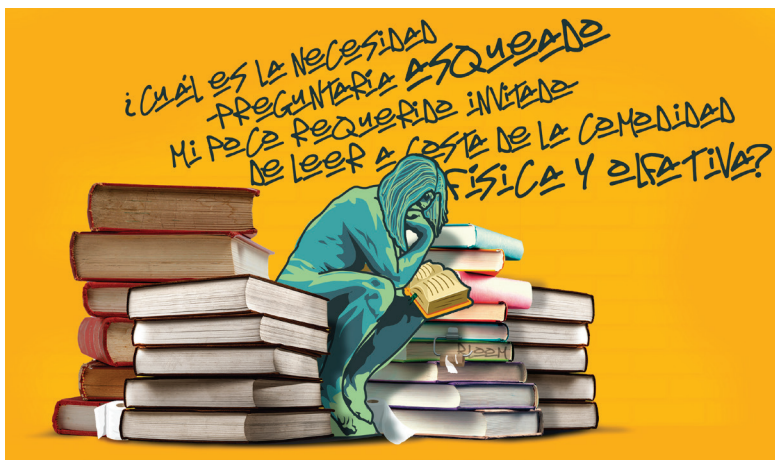


Ilustración: Gerardo Mercado

zables, sino absolutamente desconocidas en el universo infinito de las editoriales y librerías.

Tengo la esperanza de que el proceso sea más amable con mi descendencia y que la lectura sea un reflejo tan natural como (des)comer. Para lograrlo, he emprendido una labor: llenar cada espacio de la casa con libros de toda clase: como ardua jardinera, los siembro por todos lados con la ilusión que enraícen en los que aquí habitan, para que con un poco de suerte algún día florezcan.

Esta empresa no es cosa menor, por lo que he necesitado despojar a los libros de su clasificación y del juicio por su talla; procuro que sean considerados piezas de un juego azaroso, como el de Mallarmé y sus dados, y así responder al llamado de las repisas, asirlos por curiosidad o seducción y hacerlos cobrar sentido uno a uno en todas las direcciones posibles.

Si tengo éxito o no, solo el tiempo lo dirá, mientras tanto, mi carácter despistado y desordenado me ha hecho entrar al cuarto del baño de manera intempestiva buscando cualquier cosa perdida y me he encontrado lo que he deseado en mil intentos desde que soy madre: mi hijo pequeño, sentado en la taza del baño, con un libro de cuentos en las manos. 📖



**Cindi Alejandra Reyes Mondragón** es licenciada en Comunicación por la UAEMéx. Fue coordinadora de radio y televisión en la Unidad de Relaciones Públicas de la Secretaría de Cultura del Estado de México. Es redactora *freelance* de campañas publicitarias y políticas, y creadora de contenido y promocionales para radio y televisión en el Sistema Mexiquense de Medios Públicos. Cursó el Diplomado en Creación Literaria en la Escuela de Escritores del Estado de México Juana de Asbaje y ha publicado en la revista *Castálida* del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.